

# Los Contemporáneos

526



## LA MAESTRA SOLE

NOVELA MADRILEÑA

POR

FERNANDO MORA



Número extraordinario

10 Cents.

ayuntamiento de Madrid



# PILOSUBLIMADO

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la **Calvicie**, la **Tiña Pelada** y las **Canas**. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)

Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



No seas tonta, abuelita,  
y escucha a tu nietecita:  
Suprime tanta pintura:  
usa crema PECA CURA  
y lograrás ser bonita.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color  
moreno (siete matices) rosa o blanco,  
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-  
lonia, 3,25, 5, 8 y 14 pts., según frasco.

PEDID las lociones y esencias para el pa-  
fueño serie "Ideal", perfumes: ADMIRABLE,  
Rosa de Jericó, CHIPRE, Ginesta, Rosa, Ma-  
tinal, MIMOSA, Rocio Flor, ACACIA, Vértigo,  
VIOLETA, Clavel, JAZMÍN, Muguet, SIN IGUA-  
LES por su finura, intensidad y persisten-  
cia. Esencias, 16 pesetas estuche; lociones,  
4 y 5 pesetas, según frasco. Últimas crea-  
ciones de

CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

## Fábrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

## UNA SEÑORA

ofrece comunicar gratuitamente a todos los  
que sufren de: neurastenia, debilidad gene-  
ral, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis,  
asma, neuralgias y enfermedades nerviosas,  
un remedio sencillo, verdadera maravilla cu-  
rativa, de resultados sorprendentes, que una  
casualidad le hizo conocer.—Curada perso-  
nalmente, así como numerosos enfermos, des-  
pués de usar en vano todos los medicamentos  
preconizados, hoy, en reconocimiento eterno  
y como deber de conciencia, hace esta indi-  
cación, cuyo propósito puramente humanita-  
rio, es la consecuencia de un voto.—Dirigir-  
se únicamente por escrito a D<sup>a</sup> Carmen T  
García, Salmerón, 167.—Barcelona.

### OBRAS

## de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración  
de «Los Contemporáneos».

El templo de Talía  
Idilio trágico.  
Sirve y tirano.  
Los hijos.

Donde hubo fue-  
po...  
La ley de Malthus  
Siempre viva.

Precio de cada una, 3 pts.

Los lectores de «Los Contemporá-  
neos» que deseen adquirir alguna, la  
recibirán franca de porte enviando  
a esta administración, por cada to-  
mo que soliciten, 3 pesetas en sobre  
monedero, giro postal u otro medio  
análogo.



## LA MAESTRA SOLE

NOVELA MADRILEÑA

*A mi fraternal amigo el  
gran periodista Augusto  
Vivero con un  
abrazo.*

UN PORTAL DE MUCHO BELÉN

Así como hay rincones de quietud donde el silencio parece haber vivido siempre y personas que sólo con sonrisas o lágrimas expresan el gozo o pena, sin que la voz tome parte en su sentir, ocurre que existen lugares y criaturas de tan bulliciosa expresión, que la movilidad de su gesto grita, llora o canta tan de continuo que no parece sino que la vida tiene en ellos su verdadero albergue y acompañamiento.

Mucho de ese espíritu había en el portal, que, sito en la acera más paseada de la Plaza del Progreso, dedicaba el señor Bonifacio a su paciente industria.

—Servidor...—solía decir el hombre

en tono de zumba y con aires de cómica suficiencia—compositor aplaudido de relojes, y artifice no tan aplaudido como Marabini, pero un poco más que “Boro” el del Rastro, en aquellos metales que la gente piropea llamando preciosos y que yo, menos romancero, califico de preciosos.

Era Boni, como le llamaban sus íntimos, o “Minuto”, como le decían los más, un madrileño de pura cepa, nacido en plena revolución de Septiembre.

—Mi ejecutoria es de liberal, pero de los fetel.—decía—; Como que nació a la vida pública ná más que en la plaza de Antón Martín, cuando era más fuerte el fregao y sonaban mejor los zambombazos!... Por parte de padre soy miliciano nacional; por parte de madre, esclavo del fatídico tabaco, ya que la pobre fué cigarrera de lo mejor del Portillo, y por parte de



mi costilla, la profesora y tocóloga Jesusa Pérez, jefe de una familia con casa abierta y un duro pa lo que se tercié...

—Y pa que no les falte a ustés di-cha—añadió sonriendo Damián, que era oficial de Boni en el pintoresco portalillo—un hijo-cromo, que trabajador no será, pero lo que es bonito...

—No contrastes el valor de mi Emilio y achanta la muí. ¿Tú que sabes de eso?...

—Yo pué que no sepa nada, pero lo que es él... Usté, trabaja; su mujer, trajina y él... ronca.

Levantando la vista de un remon- toir que estaba limpiando, dijo así el maestro al oficial parlador:

—Damián; en lo del oficio eres más que bueno; mi cariño, que heredaste de tu padre, mi querido Rafael, vale lo que el oro de diez y ocho, pero en lo tocante a que te cueles en lo sagrado del domicilio, no paso... ¡mi hijo es mi hijo! ¿Sabes?

—¿Yo? Su hijo se apellida Gonzá- lez como usté y me basta; pero la ver- dá, el inmiscuirme en el frégao es ni más ni menos que porque me dá mu- cha pena; ¡una pena muy grande! ver que de dos padres trabajadores, que pa ganar el piri luchan como azaca- nes, haya salío ese retoño, que tié más pájaros en la sesera que humos un ca- dete de primer año...

—¡Damián!—dijo en tono de repro- che el relojero.

—¿Y no es verdá lo que digo? Le puso usté al oficio, y lo dejó por an- tihigiénico; le llevó luego de depen- diente al Bazar X y pidió la absoluta porque de la sesión de espejos le tras- ladaron a la de aristones, ¿qué más, si hasta de vigilante de coches, que es oficio de paseante, se rajó? Ahora dice que va para cómico, ná más que por- que el mes antipasao echó dos sainetes en el Coli de Lavapiés...

—¡Y que le aplaudieron a rabiarse!

—Gracias a los veinte duros que se gastó usté en localidades...; pero no

se incomode usté por lo oído—conti- nuó Damián—mis palabras no tienen bilis y sí bondad y afectos sinceros; pero...

—¿Pero es que es malo mi Emilio? ¿Hace daño a alguien?

—Malo no diré que lo sea, pero que lo será, si sigue así, no le quepa a us- té la menor... ¿Dañino? Ese es otro cantar... Dañino sí que lo es.

—¿El, dañino?

—La pobre Sole es la víctima.

—¿Su novia?

—La misma, sí, señor, la misma.

—¿Y por qué?

—La tiene acobardá; la tiene, a la pobre, que es más buena que el sol, metía en un puño.

—¡Cosas del querer!

—El querer no es eso, señor Boni- facio, ¿qué va a ser querer el marti- rizar? Querer es lo que usté siente por su esposa y yo por mi Ricarda: fraternidá, apego y su miajita de mi- mo, y Soledá no disfruta de eso. Es soltera y libre y él la tié como en es- clavitud; es honrá y él la trata como si no lo fuera.

—¡Damián! Eso lo hace Emilio por- que ella es bonita y está encelao.

—¿Encelao de un angel vestío con hábito de la Dolorosa? Lo que hay es que ese Borrás en canuto ha visto que Sole es negocio...

—Eso no lo consiento; mi hijo no es un chulo.

—Todavía no, pero eso de hacer creer a la gente que hay más que pa- labras, cuando sabe que es tan limpia como la luz...

—Por de conta.

—¿Y trabajadora?

—Un modelo.

—Dicen... yo de menesteres de mo- distería no entiendo, que si tuviese un poco de suerte y en España se pre- miase el mérito verdá, tendría a estas horas uno de esos talleres de letrado a la puerta y parroquia de auto...

—Y sería nada menos que la maes- tra Sole.



—Y Emilio su tenedor de libros.  
¿No?

Rió el joven oficial y Bonifacio, que hasta entonces aguantó el chubasco, púsose serio y dijo con severidad un poco bufa:

—¡Basta! Monta esa esmeralda que tiés en los dedos; cierra la boca y respeta, que al fin y a la postre, esa es una de tus obligaciones aquí.

Hizo Damián lo que ordenó el señor Bonifacio, pero a medias, que entre dientes y como para justificar su actitud, díjose con cara fosca:

—¡Niño más antipático! Ella sí que es gloria: tan modosa, tan limpia, tan guapa...

Del monologar vino a sacarle la presencia del señor Marcos, peluquero establecido en el entresuelo de la casa, hombre tan agradable como aficionado a los toros y a la cría de canarios.

—¡Salud; amigos y vecinos!—gritó al entrar.

—¡Hola, rapa-barbas!—díjole Boni—¿Cómo va "Gallito"?

—El de pelo, como los ángeles; el de pluma, como los querubines. En San Sebastián, dos estocás y dos orejas; en la jaula, un arpegio, que un parroquiano que sabe de crías, aseguró anoche que era flauta...

—¿El de la jaula grande?

—No; ese es "Belmonte": mucha voz, pero poca finura; "Gallito" es el de la jaula dorá...

—Sí,—dijo Damián—la que tiene cristales con flores.

—La misma.

—¡Vaya lujo!

—No se merece menos el "papa"

En esto estaban cuando la "Rubia", una vecina del piso tercero, que a la industria de echar cartas y predecir sinos se dedicaba, cruzó airosa.

—¡Vaya con Dios el sol con hebras! —sonrió "Minuto".

Ella, marchando escaleras arriba, también sonrió.

—No creía que te llevaras tan bien con la "bruja"—dijo Marcos.

—Negocio; todas las sortijas de clavo; todos los amuletos y las higas de coral o de palo-santo que receta, aquí se hacen.

—¡Ah! ¿Pero tú te dedicas a eso?

—Yo me dedico a ganarme un duro sin desdoro ni vergüenza... ¿que ella engaña a los primos? allá ella. Tú también tiñes muchas cabezas, que es otro engaño y lo cobras muy bien.

A todo sonrió el peluquero, pero cuando el oficial, conocedor de la manía de Marcos, dijo que su torero era un timador del arte y un medroso, escapó escaleras arriba.

—Oye, Bonifacio—dijo desde el primer descansillo—. A ver cuando tu costilla reparte la lote...

—En cuanto venga se lo diré.

Tras el peluquero entró una joven con un par de pendientes, uno de ellos con la ballestilla rota, luego un muchacho a recoger un reloj de bolsillo.

—Hasta la noche no estará—dijo el maestro.

—Ya he venido dos veces—replicó el chicuelo.

—Pues a las tres va la vencida.

—Es que mi principal dice que le urge.

—Entonces, vuelve.

—Es que dice que es usted un relojero que se retrasa.

—Pues dile a tu principal que desde hace medio año me debe una composición; que él sí que se retrasa, conque...

El chico salió corriendo.

Cansada, rendida, sin decir palabra entró al portal y tomó asiento la señora Jesusa, mujer de Boni.

A tiempo que se dejó caer ampliamente sobre una silla, dijo su marido:

—¡S'ha sentao el tiempo, Damián!

—Falta hacía después de la tormenta—dijo la llegada.

Como los hombres la interrogaran, ella continuó:

—¡Vaya un parto! Primeriza y gorda... Sus digo que he sudao más que un gallego con tres baúles. Toa la no-



che en un ¡ay! Menos mal que es gente de pasta y que han sudado sus veinte machacantes.

—¡Olé la administración!

—¡Y no sus digo na de iluminaciones! San Ramón, con seis velas; la Virgen de la Buena Leche, con otras seis, y total ¿pa qué? pa una piltrafa a la que van a poner de nombre Serafina.

—¡Vaya ensalada! Fideos con tenedor.

—Pues a descansar del viaje.

—¿No ha venido ningún aviso?

—Uno de la Sociedad. Seguramente alguna pijoja.

—Entonces, voy a tumbarme. Vosotros comer; yo le diré a la criada que lo prepare todo.

—¿Ha dicho usted vosotros, señora Jesusa?

—Mi marido y mi chico y... usted si es que gusta.

—Gracias, pero no; Ricarda me espera con un arroz con menudillos y pimientos coloraos que ni en Tourmié; lo decía porque hoy no comerá nadie más que el señor Bonifacio.

—¡Calla, boca! —dijo el relojero. Pero Damián, sin hacer caso, continuó:

—Como anoche, que tuvo que cenar sus patatas viudas, viudo y sin el niño.

—¿Pero es que no vino a cenar?...

—Ni a dormir, maestra!

La frase del oficial hizo su efecto. Boni bajó los ojos, Jesusa los elevó al cielo.

—¿Y lo has consentido? ¿Y no le buscaste? Eso no puede ser, no y no...

—No te sofoques, cosas de la juventud y na más... Andará con empresarios y con aztores y por eso...

Anonadada quedó la mujer, él, cariñoso, dejó el trabajo y fué a su lado para consolarla. En tan amable situación encontrábanse el relojero y la partera cuando Ricarda, que volvía de recoger labor, entró rápida en el portal.

—¡Mi madre! —dijo la mujer.

¡Vaya un grupito! Si hasta los relojes se paran pa verlo.

—¡La quiero más!... —dijo Bonifacio.

—Que sea enhorabuena, señora Jesusa. ¡Ahi es na, un maridito que haga carocas después de la primera semana de recién casaos!

—No será pelusilla, que Damián bien que te quiere.

—Pero de esa conformidá, no.

Levantando la vista de un pendiente que iba a desmontar, así habló el joven marido:

—No l'hagan ustedes ningún caso. Se parece por los cañamones tostaos y toas las noches tostitos; quiso antianteayer un grillo real y grillo tuvo aunque no he pegado los ojos desde antiayer.

—¡Filarmónica que es una! —exclamó la moza.

—¿Qué más? Si hasta porque no le falte el Heno de Pravia me tomo el tupi a pulso porque cuesta más barato.

Todos rieron, pero Damián que era de esos maridos que fingen volver a por un pañuelo olvidado, nada más que por vigilar a la esposa, preguntó a ésta:

—¿Y cómo tú por aquí y a estas horas, monada?

Confusa contestó la mujer:

—Verás, pues... por na.

—¿Cómo por na?

—Es que...

—¡Desembucha lo que sea!

—No te atosigues —terció el señor Bonifacio — que vosotros, los que presumís de demócratas, sois a la postre de lo más tirano que hay en el mundo.

—¡Pero si no es por na! —dijo Ricarda — es que al irme a meter en Mesón de Paredes, con este pantalón que acaban de darme en Cruz, 15, vi a la fiadora y como la resto unos cuartos y como no se los pienso pagar...

Calló el marido.

—¿Ves, hombre? Una huída sin consecuencias.



—Menuda es la tia. ¡Carmen la gitana! ¿La conocen ustés?

—Mucho, es una pregoná; ¡si te empitona!...

—Ya sé, si me empitona y me tira a lo alto, no aterrizo hasta que se acaba el Metropolitano; ahora, que si aguarda a que la paguemos, el fin de la Gran Vía... ¿Ves cómo la cosa no tiene doblez, don Otelo? Menos mal que Emilio ha estao al quite, que si no.

La Jesusa se puso en pie.

—Ese Emilio ¿es mi hijo?

—El mismito que calza y viste; por cierto que al gachó parece que l'han empalmao los dátiles... ¡A toos los sitios llega! ¡Vaya masaje a la tal!...

La partera, sin esperar más, salió a la calle.

—Dices—preguntó Boni— que lá masajeaba.

—A esa y a todas las que coge a tiro.

—¿También a ti?

—Una vez quiso, pero yo le paré los pies diciéndole cara a cara. ¡Deje usted quietas las manillas, so bonito, que pa el menestêr de ponerme en hora tengo ya mi relojero!...

—¡Bien contestao!

—Es que es muy jocoso mi muchacho.

—¡Sí; le hizo mucha gracia mi salida!... por eso tuve que decirle enseñando los dientes: ¡Eh, cuidado pollo... que yo sé construir pantalones, pero también saco muelas!...

—Y cerraría la boca.

—¡Y separó la cara!...

Riendo estaban los esposos y preocupado el relojero, cuando la señora Jesusa entró llorando.

—¿Qué pasa?

—Le he visto; pero no con la fiadora, sino con una camarera...

—¡Vaya variación!—dijo entre dientes Ricarda.

—Casi no me ha hecho caso. Le he preguntao que donde había pasao la noche y me ha dicho que velando a un amigo; le he pedío los dos décimos,

que pa eso le di cuatro duros ayer, y me ha respondío que no los tenía, que pa el entierro del que se ha muerto los ha tenío que dar...

—¿Y no hay décimos sacaos? ¿Y es mañana el sorteo? ¿Qué dirán nuestros amigos? Ahora mismito, pero que ahora mismito hay que salir a buscarlos.

—¡Si es que los hay!—objetó Damián.—Sólo faltaba eso, que el 15.015 se hubiera agotao y que después de llevarlo seis años de arreo, cayese con gordura.

De acuerdo fué el oficial a la administración de las Cuatro Calles.

—¡Míá tú que si no hay ya de ese número!—musitó el hombre.—El barbero lo ha pedío, éstos querrán su parte y Soledá puede que no tarde en venir a por la papeleta.

—A mí—dijo Ricarda—me es igual ese número que otro, juego por necesidad y pierdo por obligación...

Un golfillo pasó a ofrecer un reloj sin asa, que Boni no quiso a ningún precio; luego fué una jamona con un ajustador en el que quería grabar una fecha, y el tercero, un joven alto, melenudo y de chambergo exagerado, a saber el costo de una sortija de plata con un pedrusco verde, que probóse en el dedo índice de la mano derecha.

—¡Cuánto tarda Damián!...—dijo el platero saliendo a la puerta.

Ricarda también se asomó, pero retiróse precipitadamente.

—¿Qué pasa?—preguntó llena de susto la partera.

—¡La gitana! ¡la fiadora! ¡Por Dios! ¡Hágame usted el tabique!

Cruzó por la acera una crasa mujer y Jesusa cubrió la figura de Ricarda.

—¡Ay! ¡Gracias a Dios!—suspiró la pantalonera.—¡Tía, matatías! ¡Así te caiga el gordo de Navidad el día del entierro!

—¡Vaya maldición!

—Si que la quieres bien.

—Miren ustés, maestros; si me pre-



guntan ¿qué te gusta más, nena, dos horas de coche, un billete pa los novillos y cena en Botín, o que a la tendadora de libros esa la coja un tren? Yo contesto sin titubear, lo segundo, pero que sea muy largo, muy largo y si pué ser, de mercancías.

En tanto se dialogaba no cesó de cruzar gente por y ante el portal.

—Por fin ¿qué?—preguntó cariacontecido Bonifacio—¿Te subes a casa o no te subes, Jesusa?

—No; no subo. A ver si viene Damián con alguna razón de eso de los décimos. ¿L'has dao dinero pa que los traiga?

—Dinero lleva... Ahora que los encuentre.

—¡Ay, Dios mío!—suspiró la mujer. El marido la miró con pesar y calló igual que ella la razón de su sufrir, como si callando lo suprimiera.

Ricarda, viéndolos tan tristes, no sabía qué hacer.

Hubo un largo silencio; de pronto rompióse éste con la llegada de Damián.

—Na; el 15.015, voló; no queda ni un décimo, he recorrido seis u ocho administraciones y... ¡ni que fueran regalaos! no hay ni pizca de papel...

—¿Entonces?—interrogó Jesusa con tristeza, ya que el juego de la lotería era su gran vicio.

Antes de que contestara el oficial, Boni habló exasperado, colérico:

—¡Maldito sea!... ¡Sin los décimos de siempre!... ¿Y si caen? Si caen, le pongo en mitá de la calle por golfo, por sinvergüenza, por mal hijo...

Todos enmudecieron, Jesusa lloraba.

—Tienes razón, Damián—siguió gritando—hay que ser duro... ¡Basta de mimos! En cuanto venga, ya verá quién es su señor padre... Nada de puñelerías de cómicos ni danzantes, al taller, a trabajar, a ser un obrero y no un vago... ¡Maldita sea! ¡Mira que haberse gastao los cuatro duros, y precisamente los de la lotería! ¡si tan siquiera hubieran sido otros!

Un guardia urbano, amigo de todos y al que Damián había encargado mirase en otras administraciones, saludó a éstos.

—En la de la Magdalena—dijo—quedan; por cierto que al venir he visto ¡mi sangre qué dúo! al Emilo con una planchadora flamenca como la escarola y fresca como un mantecao.

—Tres en un cuarto de hora ¡ni Frégoli!—rió Ricarda.

Como lo importante, lo trascendental en aquel momento era la lotería, Jesusa habló de este modo:

—Yo creo que debemos jugar el número que sea, el que se encuentre ¿os parece bien?

Todos asintieron y Damián salió camino de la administración que entre Santa Isabel y Ave María abre sus puertas.

En un papel púsose a escribir el maestro platero.

—¿El sorteo de mañana es de dos duros, verdá?—preguntó.

—Sí; de dos duros.

—Entonces, hagamos el reparto: éstos, dos pesetas; el peluquero cuatro, que son seis; el lapidario dos y la del tercero otras dos, hacen un décimo.

—Pon al señor Paco, el cajista, medio duro.

—No; ayer, que me lo encontré, me dijo que se había cansao de perder pesetas y que le borrara de la lista.

Boni siguió anotando.

—Sole, una.

—Ponle dos, que seguramente las querrá y pon otras dos a Ramón López.

—¿Y quién es ese?...

—Es un muchacho que vive en la misma casa que Sole. ¿No te acuerdas del hijo de un militar que se murió y que era algo pariente de la madre y de la chica y que está de empleado en un Banco que se llama no me acuerdo cómo?

—Ah; ya caigo; uno de luto y muy callao...

El señor Boni apuntó:



—Ramón López, juega dos pesetas.

—Pero aún quedan seis, Jesusa.

—Ya encontraremos a quién repar-tirlas.

—¿Y si no lo encontramos?

—Pues las jugamos nosotros.

Charlando, gozando el placer del vicio nacional, pero enemigo del ahorro, sirena de necesitados que canta fortuna y sólo da desdicha, no advirtieron que desde la puerta, serena y pálida, les miraba una mujer.

—¡Buenos días!—dijo la llegada.

—¡Sole! — exclamaron a una los sorprendidos.

Cariñosa habló la partera:

—Ahora mismito te he nombrao, no hace tan siquiera dos minutos, tú y tu vecino jugáis cuatro pesetas, pero no en el 15.015, en otro que ahora traen.

Serena y tranquila abrió la joven su bolso y dejando un duro en la mano de Bonifacio dijo:

—Cobre usted.

—¿Las dos papeletas?

—Las dos.

Hasta entonces no se dieron cuenta de que la linda morena; la de los ojos negros y grandes y boca en forma de corazón sangrante y rojo como las ce-rezas, venía entristecida...

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

La joven habló muy despacio; en voz baja, muy concisamente.

—Mala estoy, pero como no quiero empeorarme por eso he venido...

—¿Pasa algo?—interrogó a dúo el matrimonio.

—Pasa que Emilio, el hijo de ustedes, es un mal hombre...

Quiso Boni protestar, pero la joven le atajó.

—Es un mal hombre, porque a una mujer decente no se la trata como a mí me trató anoche, que amenazando, jurando, me pidió unos pendientes; los de oro.

—¡Jesús!

—Y como no se los quise dar ¿qué creen ustedes que hizo? pues, el muy

valiente me pegó... ¡me pegó como si yo fuera una cualquiera!...

No pudo resistir más la muchacha y rompió a llorar, pero calladamente, como lloran los entristecidos y amargados.

—¡Pobrecita!— exclamó la señora Jesusa acariciándola.—No hagas caso, es un loco, pero te quiere; te quiere...

Todos callaron.

—¿Para qué pediría los pendientes ese morral?—preguntó Bonifacio.

—Yo lo diré. Para irse de juerga con unos amigos y amigas de teatro... ¡quería empenárnelos!...

—¡Es el colmo!—rugió el platero.

—Y lo peor es, me he enterado de todo, que ha estao de parranda toda la noche, y que se ha emborrachao, y que anda por ahí con dos amigachos de taberna en taberna y con mujeres... ¡qué asco! ¡con esas mujeres!

Lloró de nuevo la moza y a la vez Jesusa y con las dos Ricarda.

En tan lamentable situación encontrábanse los ocupantes del pintoresco y alegre portalillo, cuando entró Damián que dijo a voces:

—Ahí llega su heredero, maestro; le trae un guardia y viene borrachito del too.

De un salto pusieronse en pie todas las mujeres. Boni dejó caer la cabeza sobre la palma de sus manos.

Jesusa quiso salir a su encuentro, pero Damián, que traía en la mano los décimos, lo impidió.

—Eso no conviene, maestra, es llamar la atención de la gente; pronto estará aquí... adentro y sonsi. La ropa sucia se lava en casa.

Fué obedecido; pero la partera, sorprendida, quedóse mirando al papel que el oficial mostraba.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Pero esos son los décimos que has comprado? ¿Son esos, Damián?

—Estos son... ¿qué pasa?

La mujer lloró entonces con desconsuelo, con desesperación y a gritos.



—¡La mala suerte! ¡La desdicha!  
¡La negra ha llegado!

Bonifacio, no comprendiendo el por qué de tan grande desesperación, tomó de mano de Damián los papeles; luego, con voz temblona, preñada de congoja y angustia, preguntóle con pavor:

—¿Pero tú sabes lo que traes aquí, hijo de mi alma? ¿Tú t'has dao cuenta de lo que es esto?...

Boquiabierto quedó el muchacho y Boni, flameando el oficial documento como una bandera de muerte gritó:

—El ¡¡13.013!! nada menos que el ¡¡13.013!!

—¡El duplicao de la mala pata; el ¡¡13.013!!

Unos a otros se miraron, y a la par que gemidos, sonaron carcajadas.

Sole, salió del portal llorando, Damián y Ricarda quedáronse en el portal riendo.

#### LA CONQUISTA DE UN CORAZÓN

A nadie lo dijo; pero él estaba locamente enamorado de Soledad.

Desde pequeñito, cuando en el descansillo de la escalera, aquella amplia escalera de la casa del Duque de Alba, esquina a Progreso, jugaban y reían alborotando, hasta ahora que, sola y fuerte, defendíase con seriedad de buena trabajadora, Ramón la quiso siempre.

Cuando Sole perdió a sus padres y Ramoncito, como ella le nombraba, al suyo, y al cuidado de su madre, la cristiana y caritativa doña Paca, se dedicó por entero, la mocita encontróse amparada y sostenida, tanto en lo material como en lo moral, por aquella buena mujer, humilde y hacendosa, que de rezar el rosario hacía su fiesta.

No vivieron juntos porque la moza, buena, pero de espíritu independiente, no se avino a ello, pero sí habitaban

en el mismo inmueble, cuartos vecinos, y eran los tales, dos humildes bohardillas soleadas y limpias en la plaza que llaman de Santa Cruz.

Quería y cuidaba a Sole, una su parienta, vieja ex planchadora de palacio, que en todo lugar y ocasión recordaba “aquellos tiempos de la serenísima señora la princesa y luego reina doña Isabel”. Piadosa como doña Paca, eran compañeras en tríduos y novenas, y una al lado de la otra acudían a la procesión del Corpus, tras el estandarte de la Virgen de la Paloma, su virgen, ya que las dos eran nacidas en Madrid.

En tal paz y con tal gente vivía Sole.

Los amores de la modista con el hijo del platero, fué lo que, como granizada en almendral, cayó sobre la tranquilidad de aquellas buenas gentes.

La mañana que Sole volvió llorosa, fué una de las más tristes.

—¿Por qué gimes? ¿qué te ha pasado, hijita?—preguntáronle su tía y doña Paca.

Negóse a hablar la joven, pero como entre suspiros y lamentos intercálase varias veces la palabra ¡canalla! supusieron las viejas que el canalla no podía ser otro que el maldito chulín, que, robando la tranquilidad a todos, martirizaba a Sole tan de continuo.

En tanto tales cosas ocurrían, Ramón, preso tras la reja dorada de un Banco, cárcel inquisitoria donde se explota al pobre obrero de traje limpio y cuello planchado, pensaba con más ardor que nunca pensó en su vecina, en su hermanita Soledad, a la que ya adoraba con delirio.

No veía Ramón, por tanto, el noviazgo maldito con buenos ojos y no se diga que por celos, que si ella fuese feliz y él trabajador, bien estaba, pero conociendo la vida de Emilio, sufría horriblemente.

—¿Qué verá en ese chulo para que-



rerle así?...—preguntábase de continuo el mozo.

Aquella mañana, cuando de vuelta del Banco le contó su madre lo ocurrido, cayó el muchacho en una gran tristeza.

En las horas de la tarde, Sole lloró mucho; durmió hasta satisfacerse Emilio; Ramón no hizo sino pensar en la modista; Boni extendió las papeletas de la lotería y Damián dedicóse a hablar mal del niño bonito hasta el punto de reñir, esta vez agriamente, con el papá de la criatura.

Jesusa, rendida de la noche de trabajo, acostóse sin cuidado alguno, no obstante saber que dos parturientas de la Sociedad, a la que prestaba sus servicios, la reclamaban.

Tanto ella como su esposo, pensaron, tan pronto despertara, *bronquear* al nocharnieto y gastador Emilio, pero cuando éste abandonó el lecho, y ya anochecía, la partera invitóle a tomar un vaso de leche.

—No quiero eso—dijo de mal modo.

Y al igual que un perro sediento, bebió a morro en la fuente de la cocina.

—¡No bebas más, no bebas... que te puede hacer daño!...

Pero el mozo, sin dar oído a la advertencia materna, siguió bebiendo hasta saciarse; después, malhumorado, echó escaleras abajo.

Al cruzar por frente al taller de su débil papá se puso el sombrero sobre los ojos.

—¡Oye!—dijole Bonifacio.

—¿Qué?—preguntó Emilio sin levantar la vista del suelo.

—A ver si ahora vuelves a las andadas... ¡que yo me enteré de lo que haces!

—¡Bueno!

—Y a ser más formalito, Emilio.

—¡Bien!

—¡Y a ser menos chulo!—dijo Damián.

—¡Usted en su casa!—replicó insultador el mozo.

—¡Y tú en la cárcel!

De no intervenir el señor Bonifacio y gracias a Marcos que bajaba de su peluquería y se llevó a Emilio a la calle, no hubo que lamentar un encuentro entre los dos hombres.

—Damián—dijo entonces en voz queda, pero con amargura el maestro —las cosas se han puesto de un modo que, la verdad, no pueden seguir.

—Igualmente pensaba yo. A fin de cuentas ¿qué me importa a mí que ese sea como es? Na; pero, por mi madre le juro, que si yo oigo esta mañana a Sole y a ese tiempo llega su hijo, que le hincho un ojo de un tortazo, es más verdad que el sol sale por la patria del pan de picos.

—¡Eso si yo lo hubiera tolerao!

—Pues pa evitar que usted tercié, lo mejor es largarme, de modo y manera que me hace la cuenta, me mudo y ustedes ponen al niño en salsa y que les aproveche...

No valió el que Boni "se viniese a buenas", Damián confirmó lo dicho y después de recoger la herramienta que allí tenía, tomó el dinero que el patrón le entregara.

—Puesto que quieres, ahí va lo tuyo. Seis días a cuatro pesetas, cinco duros menos cuatro reales; pero como de aquí hay que quitar dos pesetas de la participación, quedan veintidos pesetas.

—Eso es... por cierto que no me acordaba ya del trece duplicao.

—¡Ya ves si ha traído mala sombra, Damián!

—¿Porque me voy? ¡Bah! Por mí no lo sienta usted, maestro; no me faltará donde sudar los gabrieles.

—Desde luego, pero aquí estabas como en tu casa...

—¡Que no! en mi casa hay sentido y aquí se carece...

—¡Damián!

—Sin herir, maestro; dome usted al potro que se le desboca.

Y salió.

La marcha de Damián fué muy sen-



tida por Bonifacio, y cuando a poco lo supo Jesusa, lo sintió tanto o más que su marido, a pesar de reconocer que ante todo y sobre todo, con faltas o sin ellas, lo primerito en el mundo era su hijo de su corazón y de sus entrañas.

¿Qué ocurría fuera del portal en tanto esto ocurría dentro de él?

Emilio, soberbio como todos los hombres mal educados, fué a la sidrería de Botoneras, pidió pluma y papel y trazó unas líneas que a poco y por conducto de humilde muchacho llegaban a manos de Sole.

La respuesta fué rápida:

“No tengo nada que ver contigo. Todo terminó y para siempre.”

De rabia creyó estallar el desdén.

¿Despreciarle a él? ¿Despreciarle cuando todo el mundo creía que era su esclava? ¿qué pensaría el barrio?

—¡No y no!... ¡Ahora verás tú, mala morena, quién es un hombre!...

Y abandonando el establecimiento, fué por la calle Imperial arriba, por bajo los soportales de la plaza de la Provincia después, y al fin paróse a la vera de la entrada de la casa.

La plaza, silenciosa y triste, fué animándose cuando los comerciantes encendieron sus focos y un ejército de muchachitas, pájaros cantarines escapados de las jaulas de los talleres, cruzaron con sus voces y sus risas.

En un escaparate brillaban las sedas y los terciopelos cual si fuesen de fino cristal; en otro, repujadas bandejas de bruñida plata mostraban rostros fieros o fieras batallas; aquí una tiendecita de ropas para niños, con sus largos faldones de cristianar semejantes a mortajas; más lejos, la bola azul de un botica, donde un tendero con título vende específicos olvidándose así de hacer recetas, y brillando sobre todo y más que todo, la tienda del ortopédico, con sus aparatos de luciente metal, que recuerdan, escalofrantes, a los de tortura.

Distraídamente miró Emilio aquel escaparate. Cerca de un corselete de pulido acero, un brazo artificial extendiase implorador; una muleta de barnizado pino y almohadilla de pana roja, se recostaba en una faja de goma, ancha como una cincha y con unas correas recias de color ave-llana.

La idea de sufrimiento que aquel muestrario le produjo, hízole apartarse de él para fijar su atención en el de una taberna, donde en democrática confusión se encontraban la botella del aristocrático *chartrés* y la jaranera manzanilla; el plebeyo vino tinto y ese líquido amargo y rubio que recuerda a Munich, con su cielo brumoso y sus calles ensudariadas de nieve.

Tampoco distrajo al chulo aquel escaparate.

El reloj de la iglesia de Santo Tomás dió una hora.

—¡Pues no baja!—pensó con ira.

Pasaron unos minutos y al fin se decidió.

—Oye, chico—dijo a un rapaz que cerca cruzaba.—Toma diez y di, en el último piso de esa casa, donde vive una joven que se llama Soledá, que la espera Emilio.

El chico subió con rapidez.

Tardaba en bajar y ya la impaciencia se apoderó de su persona, cuando el muchacho llegó a su encuentro.

—M'ha dicho primero que no; pero luego me dijo que esperase; habló con una señora, puso un papel, lo rompió y a la postre me dijo, dile que ahora voy... Por cierto ¡mi madre! que es más guapa...

Corriendo escapó el mocito.

No habían pasado ni dos minutos siquiera cuando Soledad, muy seria y muy firme, apareció en el hueco del estrecho portal.

—¿Qué quieres?—preguntó secamente.

—Eso, que me quieras; que no pue ser el dejarme porque sí, y que tú has



nació pa mi persona y que lo demás es soñar despierta.

—¿Y para eso sólo has venido?

—Para eso...

—Pues márchate y déjame en paz. Te he querido más..., más que a nadie en el mundo, pero desde ayer te aborrezco. ¡Pegar a una mujer!...

—Cuando lo merece ¿por qué no?

—¿Y quién eres tú para pegarme a mí?

—Si no me importases ná, pué que no te pegara, esa es la razón. ¿No te convence?

Como ella callara, él continuó:

—Así es que vuelves a quererme y volvemos a vernos y de lo pasao, borrón y cuenta nueva.

—No; he dicho que todo ha concluido entre nosotros. ¿Lo oyes?

—Eso será si yo quiero...

—¿Cómo?

A tal punto, Ramón que desde hacía un buen rato vigilaba a la pareja desde la acera del Ministerio de Estado, cruzó la plaza y tras el pilarote del soportal en que hablaban, se ocultó.

Vió, sin ser visto, el rostro canalla del chulo. Sole, de espaldas, aparecía serena.

—De tó lo dicho ¿qué?—preguntó el hijo de Jesusa.

—Que te largues y me dejes en paz... ¿No has oído que hemos terminado?

—¿Y no has oído que yo no quiero terminar?

—¿A la fuerza te voy a querer?

—¡Sí!

—¡No!

Volvióse la joven con desprecio, y él alargando la mano, la sujetó con fuerza por la cintura.

—¡Suelta! ¡Suelta!

—No quiero, ¡eres mía! ¡mía sólo!

—¿Tuya? Ni lo he sido, ni lo soy, ni lo seré jamás.

—¡Sole!—rugió el mozo como si en pleno rostro hubiese recibido un latigazo.

—¡Vete! ¡Te odio! ¿Lo oyes? ¡Te odio!

Entonces Emilio la sujetó de una muñeca, la atrajo violentamente hasta él y cuando ciego de ira iba a abofetearla, apareció Ramón, que, deshaciendo el grupo levantó su mano, y a tiempo que gritaba.—¡Cobarde! ¡Canalla!—dió al rufián una tan fuerte bofetada, que le hizo tambalearse y casi caer.

Tan rápida fué la escena que ella ni gritar pudo.

Como el ex platero buscara en sus bolsillos un arma, el empleado se fué a él tan violentamente, tan seguro de dominar, que el otro, mascullando blasfemias, perdióse en la oscuridad de la calle del Salvador.

—¡Ramón!—dijo Soledad emocionada y llorosa.—¡Ten cuidado; te buscará!... ¡Es muy malo! ¡muy malo!

—Eso, sí; pero cobarde lo es también... ¡Ea, serénate, seca esos ojos y arribita!

Obediente, dulcemente obediente, comenzó a subir la moza la pina escalera de su casa.

En uno de los descansillos volvió la cabeza para decir a Ramón que tras ella caminaba...

—¡Qué bueno eres! ¡Gracias a ti no me ha pegado!

—Y mientras yo viva, nadie te pegará. ¡A quien lo intente lo mataré! ¿Pegarte a ti? Pegar a mi Soledad de mi alma?

—¡Ramón! ¿qué dices?

Y entonces el prudente, el callado y sufrido amador, dijo en voz queda, como se dice la confesión de un gran pecado, todo su sentir; toda el ansia de su querer; pero no con frases bellas y fulgurantes que enloquecen y ciegan y fascinan, sino lisa, llanamente, poniendo en cada palabra un latido de su corazón y en todas ellas su corazón todo.

Ella, la dulce, la romántica, la soñadora virgen que al pasar por la



vida supo de todos los dolores, miróle con arrobamiento y casi suspirando exclamó:

—¡Qué bueno, pero qué rebueno eres... Ramón de mi alma!

¡VIVA EL GORDO!

Limpiando un relojito de "esos de pulsera" estaba Bonifacio y contaba Jesusa lo que poco antes le dijera Emilio de su ruptura con Soledad, callando, claro es, la escena habida, cuando la estridencia de cuatro instrumentos ruidosamente tocados en la calle, les hizo, a ella, suspender la relación y a él, abandonar la limpieza.

—¡Mi madrina, y qué filarmónico se presenta el día!...

—Y que parece que es para nosotros—contestó la mujer.

—¡Qué va!

—¡Pues a nuestra puerta se acercan los murgantes!

—Puede que haya bautizo en el tejao o que Marcos festeje las dos orejas de Joselito.

Los trompetazos de los mendigos-músicos fueron más recios, más estridentes, más inarmónicos, y como el público se paraba a escucharlos y en el escaparate había género por unos cientos de pesetas, Boni abandonó su silleta y salió al umbral.

En tal situación esperó el relojero a que la pieza terminara, pues no era cosa de preguntar a aquellos soplones por qué lo hacían, toda vez que el ruido que armaban era de cien mil demonios o porteras, cosa que para el caso es igual; pero el chotis ejecutado finalizó y antes de que Bonifacio pudiera llevar a cabo su propósito, un hombre flaco dijo:

—Salú y felicitación, señor relojero del once...

Quedóse Boni con la boca abierta, pero antes de que pudiera cerrarla continuó el músico.

—Un su amigo y participe me ha dicho: "Vete a darle el concierto a mi amigo y ex patrono, que a cambio de la solfa sus dará cinco beatas o más si es que ha cambio..."

—¿Dice usted un duro?—preguntó con asombro "Minuto".

—¿Qué menos va a dar quien como usted ha amarrao seis mil del ala?

—¿Pero qué dice este solfista? ¿L'has oído, Jesusa?

—¿Dice usted seis mil duros?—preguntó sorprendida la partera.

—Esa cuenta s'ha hecho él... Al duro cinco mil duros y a la peseta cinco mil pesetas, total: ciento veinte mil reales, pero que sin descuento.

—Entonces... ¿Lo que usted dice es que el gordo?...

—¡El más obeso, si, señor!

De gritos y risas y Moros fué estuche el portal.

—Pero ¿es verdad? Pero ¿no será chufía? Pero...

Como gato que viera a ratón, arrojóse el relojero sobre un vendedor de la lista grande que por allí pasaba voceando.

—¡A ver! ¡a ver!—decía el hombre, nervioso y sin acertar a distinguir los números que bailaban ante sus grandes ojos una absurda danza.

—¡Calma! ¡Tranquilidá!—gritó el jefe de los murgantes—que no es la primera vez que se mueren las personas de la impresión...

Ya calmados vieron que sí, que, en efecto, el 13.013, era el primer número de la lista y que tras él se alineaba un dos, luego un cinco y siguiendo a estos números cuatro cerros que eran como cuatro caritas risueñas y reidoras...

—¡Jesusa!—gritó Boni abrazado a su mujer.

—¡Bonifacio!—exclamó ella al verse estrujada.

Y la banda rompió a tocar un paso-doble torero que escuchaba ya un numeroso grupo de transeuntes y vecinos.



—¡A ver si va a poder ser que cobre yo!—dijo refunfuñando el golfo vendedor de la lista grande.

—¿Pero cómo? ¡A duro la pago! Toma, chaval; toma!

Y el chico, con el puño prieto y un Amadeo en él, salió dando saltos de gozo, plazoleta adelante.

Abrazos; enhorabuenas y felicitaciones recibió el matrimonio en tanto el portal se llenó de gente y los músicos soplaban a más y... peor.

Cuando terminaron, el afortunado relojero les dió a "cabezota" por cabeza y eran cuatro y los hizo pasar a la taberna vecina donde dijo fuesen convidados espléndidamente.

Veinte ojos miraron otra vez la lista y otra vez vieron el *trece duplicao*, separado por el cero, que ya entonces no pareció a nadie símbolo de mala sombra.

—¿No estará equivocada?...—insinuó alguno.

Todas las miradas se clavaron como dardos en la faz de quien tal cosa preguntara.

—No es por ná, pero como ya ha ocurrido más de una vez...

La entrada jubilosa del barbero que al pasar por la calle de la Magdalena se había enterado del suceso, tranquilizó a los que ya empezaban a intranquilizarse.

—Y yo que creí que nos traía el 13 la negra.

—¿Quién sabe!—objetó el anónimo agorero que antes hablara de un error.

—¡Ya ha ocurrido quien se la ha diñado de puro contento!

Tanta alegría reinaba entre conocidos, amigos y curiosos, que ni oídas fueron las frases dichas, ni se dieron cuenta de que una señora vestida de luto se adelantó para decir:

—Señor Bonifacio; yo soy la tía de Soledad.

—Sí; ya la conozco ¿qué hay? ¿qué desea, señora?

—Pues que como ayer no se las dió, aunque las pagó, me manda mi sobri-

na a que me entregue las participaciones.

—¡Es verdad!—dijo Boni que con toda diligencia sacó la cartera y entregó a la mujer lo pedido.

Jesusa al verlo frunció el entrecejo, apretó los dientes y al oído de su esposo silbó:

—¡Tonto! Has regalao cuatro mil duros.

Las dos miradas se encontraron; los dos cerebros pensaron igual cosa y por un segundo la alegría huyó de los ojos y la risa de los labios.

La llegada del lapidario con su papeleta en alto para así decir a todos su fortuna, alegró con chillantes voces y sonoras carcajadas el portalillo angosto como un nicho y poblado como el mismonicho después de tener su huésped.

—¿Pero quién juega?—preguntó alguien, y Boni enumeró a los afortunados.

Un periodista simpático, sonriente, decididor y atrevido, metióse en el portal a empujones; otro vino después, y luego otro y tras ellos un fotógrafo de "Nuevo Mundo" que, cortés, solicitó de los afortunados el que se dejasen retratar.

—¿Pero así?—preguntó Boni mostrando su blusa blanca.

—¡Yo no me retrato!—dijo la partera en tanto sus dedos oficiaban de peine recogiendo pelillos revoltosos.

—¿Cómo que no?—preguntó el lapidario—¡A mi vera ná más!... Pero aquí falta alguien...

—¡Mi Emilio! ¡Mi Emilio falta!...—gritó Jesusa.

Y a gritos, desde el patio, llamóle, explicándole, lloradora, el por qué de la prisa.

Algo tardó en bajar el pinturero pseudo-comiquillo; pero la espera no se hizo larga, merced a la bondad de unos dulces y una botella de vino rancio que alguien trajo y sobre el mostrador estaban.

—¡Servidor!—dijo Emilio al pre-



sentarse con su pelo luciente y planchado como la pechera de una camisa.

—¿No sabes, hijo, no sabes?

Sin demostrar gran satisfacción, dijo el mozo:

—Me lo estaba diciendo el vecino del cuarto izquierda, número uno.

Rápidamente, fogosamente, presentó Jesusa a su heredero que, según ella, iba para gran actor.

Por invitación del redactor gráfico salieron a la calle los papás, el niño, Marcos y el lapidario.

—¿Pero qué van a hacer con ustedes?—preguntó flemático Damián que con Ricarda llegaba en aquel momento.

—Retratarnos, ¿no lo ves?

—Andar, acercaros—dijo invitadora la mujer de Boni.

—No ¿pa qué? ¿Pa salir en el papel, pongo por caso, al lao de una cupletista o un concejal? Nanai...—gritó, mirando al fotógrafo.—A mí ese señor no me impresiona...

—Entonces...

—A sonreirse, a mirar a la foto y a esperar al miércoles pa verse en *cuché*... ¡Yo vengo a otra cosa!...

Como la autoridad del objetivo maquinara aún en la fotográfica, Boni se separó del grupo para preguntar.

—¿Qué es lo que quieres, dí?

—Saber si recogieron Soledá y su vecino las papeletas.

—Ahora mismito se las ha llevao su señora y vieja tía.

—¡Ah!

—Ese ¡ah! ¿qué quiere decir? ¿Qué te has figurao tú?

—Por usted, nada; pero era un por si acaso... De cuando se cobran los décimos nada pregunto, porque la lotera me ha dicho que lo menos en seis días... Pero es el caso que como somos combustibles y tóo pué arder, vengo a que vayamos a un Banco pa que los décimos se guarden en una cajita y con doble llave de borja.

Lívido quedóse el relojero.

—¿Es que yo no soy de fiar?

—Por usted, nada, vuelvo a repetirle, pero hay que asegurar los cuartos.

—Si es que crees...

—Nada creo, maestro; pero quien se gastó cuatro duros en golfería, mejor se gasta diez mil...

—¡Damián!

—Muy amigos, pero las cosas claras... A retratarse y luego al encierrén de seguridad.

Marchóse el fotógrafo, fué desfilando el público y tras una discusión que el barbero y el otro participe aprobaron, no hubo otro remedio que salir camino de un Banco y dejar en rehenes los dos papeluchos, como decía guiñando un ojo la Ricarda.

Guardando el comercio quedáronse Jesusa y Emilio.

—¿Qué se creería ese boceras?—dijo a su madre el mozo—¿que nos íbamos a fugar con la pasta? No he querido intervenir, que si intervengo...

—¡Cálmate, hijo!—suplicó cariñosamente la mujer.

—Si lo estoy... ¿y quién, diga usted, ha traído la suerte a esta casa? ¿Por quién ha tocao aquí el gordo, madre?

—Damián trajo los décimos.

—¿Pero por qué? Porque yo había liquidao los cuartos del quince mil aquella noche... ¿Y si no lo liquido? Pues que le traigo y que no toca.

Estas razones convencieron a la vieja que emocionada y siempre lloradora, abrazó a su niño.

Un ordenanza del Iguallatorio entró en el local.

—Señora Jesusa—dijo el hombre—que vaya usted a una de los Cuatro Caminos, pero que en seguida.

—No puedo.

—Dicen que corre prisa.

—Que no voy.

—Dicen que se pasa usted la Sociedad por debajo de las narices y que...

Intervino Emilio.

—Mi mamá que puede, porque pa eso l'ha visitao la fortuna, presenta la irrevocable... ¿qué ocurre?



El ordenanza salió bajando la cabeza; al salir, advirtió el hombre que un cristal del pequeño escaparate estaba roto.

—Miren, miren—dijo el que marchaba—de aquí debe de faltar algo. Veán. Están dos estuches vacíos...

Rápidamente acudió la partera.

Dos pares de pendientes y una sortija habían “volao”

—¡Cuánta granjería!

—A ver—dijo acercándose el chulo.—Toma, madre, hay que quitar lo que queda, como el cristal está roto puede que arramplen con lo demás...

—Lo menos han robao veinte duros—dijo la hembra lloriqueando.

—No te aflijas por tan poco, ¿qué vale eso si ya eres rica?

Y a tiempo que decía tal cosa, aca-rició a su madre y se guardó, con la limpieza de un buen ladrón, dos pares de pendientes y un imperdible de oro.

#### CAMINOS DISTINTOS

Un mes había pasado desde el día en que la fortuna, loca mujerzuela que como Amor lleva venda en los ojos, entróse en el estrecho portal de Boni el relojero.

—Y... ¡cuántas cosas pasaron en aquel mes!

Jesusa había puesto su consulta en un entresuelo de la calle de Atocha; Boni “cansado de la estrechez y de la miseria”—fué su frase—dejó el portalillo donde durante veinte años ganó su pan y el de su gente, por tomar y establecer un comercio más a la moderna en la calle de Barrionuevo; respecto a Emilio, el cambio fué mayor.

—Ahora verá esa... costurerita quién es mi persona—dijo a todos los que le querían escuchar.—Pa ná la necesito ¿qué se pensaba, que iba yo a manducar de su trabajo? Pues no, que en mi casa hay parneses de largo

y contrata en puertas, pero que como galán de postín.

Así era; en la casa había dinero, no tanto como el mozo pensaba, pero había; respecto a la contrata, era verdad que estaba contratado, como *otro galán*, en la compañía de un viejo comediante, conocedor, desde su más tierna infancia, ya que nació de vientre de cómica, de mesones siempre poco hospitalarios y de lugareños tan zafíotes como cerriles.

—Ya — decía el cómico a Bonifacio, interesado en el negocio por unas pesetas—el arte se abre camino; ya las gentes saborean las bellezas de nuestro teatro y saben estimar “desde la princesa altiva a la que pesca en una barca”, a los que antaño llamaban histriones, luego cómicos y ahora actores o representantes..., y así como dijo el clásico “que no hubiera un capitán si no hubiera un labrador”, no habría cultura si no hubiese teatro.

Esta arenga, por no llamarla de otro modo, justificaba la petición de unas pesetas, el yantar de algunos días y la aventura, asaz peligrosa, de fincar de empresario de comedia aquel buen Bonifacio que sólo de aljófares y oros entendía.

—No debías de dejar el portal—díjole Marcos—en él has vivió y en él has ganao pa tu vivir...

—Vas pa viejo—añadió el lapidario—y yo que tú guardaba los parneses por un por si acaso y seguía como hasta aquí. “Antes prever que lamentar”, Boni.

—Y que “no se debe estirar la pata más de lo largo que sea la manta”.

Paciente escuchóles Bonifacio, que confesó, a fuerza de muchos rodeos, que su mujer le dominaba.

—Pues haces mal; debes imponerte; hacerla que enmudezca que “hembra que guía vuelco en la esquina”.

—O aquello de “humo, gotera y mujer vocinglera, echan al hombre de su casa fuera”.



—Y que “por no machacar bien el clavo se pierde la herradura”.

Estas y otras cosas que tuvo que escuchar Bonifacio de nada sirvieron; Jesusa instaló su gabinete completamente a la moderna, y su hijo, el mal educado y peor aconsejado Emilio, viendo que el dinero sonaba y corría tanto para la pensión de embarazadas como para el despacho de joyas y relojes, no quiso ser menos y unas veces con halagos y caricias y otras con cara de fiera y áspero ademán, sustrajo—es la palabra—del bolsillo de su madre duros y más duros.

—Pa el quince, que es mañana, salimos de turné artística—dijo a aquellos que, jaleándole y mintiéndole, le sacaban los cuartos.—Por Avila empezaremos, luego iremos a Medina, Zamora después, y después... no sé qué contrato se firmará.

Las felicitaciones eran tan efusivas como espléndidos sus convites.

—¿Y lleváis mucho ensayao?—preguntóle uno por algo preguntar.

—Entre comedias, juguetes y entre-meses un carro... Yo—y al decirlo se esponjaba como un pavo, aunque decir que se esponjaba como lo que era estaría mejor — viaje con tres baúles.

—¡Camará! — exclamó el bebedor primero.

—¡Tres! Ni uno menos, y llevo ropa de toda clase; dos trajes de etiqueta, dos de mañana, dos de negro; un equipo de corto, de paletó, de sportman, zajones... ¡qué sé yo!, dos mil del ala me he gastao, y eso sin contar las pelucas, las pinturas, las botas y los zapatos...

En tanto la familia de Bonifacio gastaba y planeaba para seguir gastando, la linda Sole, que desde la tragicómica escena de la Plaza de Santa Cruz vió que el querer no es guerra, que es paz, y que Ramón, su Ramón, la amaba con locura, encontróse más dichosa y feliz que “en jamás” se había encontrado.

Respecto al dinero, tuvo un acierto y una frase.

—Los “perros” en cuantito que se ven sueltos se van, así es que lo más acertao es encerrarlos...

Y eso hizo.

A los pocos días de cobrar le dijo su tía:

—Debíamos de mudarnos, Sole; este cuarto no te conviene...

—Nos mudaremos, ¿qué duda cabe?

—Y no debías tampoco ir más al taller; trabajas demasiao.

—También está en el programa, pero hasta que llegue la vacación y cesen las prisas, de ningún modo; no deja la hija de mi madre empantaná a su maestra...

—¡Es que te matas; es que está tan lejos el obrador!...

—Soy joven y no me duele; ya vendrá la de presumir y farolear, tía.

—Eso; cuando seas ama; cuando te digan con envidia y como silbando: ¡Ahí va; esa es; la maestra Sole! mirala qué guapa... ¡qué bien puesta!...

¡La maestra Sole! Aquellas palabras que al decir las en voz baja con trémulos de cosquilleo la hacían feliz, eran la liberación del tasado jornal; la conquista de su persona, siempre esclava de un minuto y un mandato; el sueño tantas veces acariciado y nunca poseído que gracias a la suerte sería muy pronto cosa real y efectiva.

—¡Y que con dinero y con cariño ya pueden venir tormentas!...

De alegría contenida estallaba.

Ramón, que era inteligente y previsor la expuso en un aparte semi-amoroso una práctica idea.

—Pronto nos casaremos.

—En cuanto que tú lo digas, nene.

—Y después, colocado el capital en buenas condiciones, con lo que rinda, y con lo que yo gane, seremos felices y nada nos faltará para vivir.

Sole replicó briosa.

—¿Y yo qué hago? ¿ser una vaga? ¿dormir al sol como los gatos? No hijo mío; yo trabajaré; yo tendré ofi-



cialas, pocas, pero por lo menos un par de ellas. Con lo que tú cobres y lo que yo reuna, vivimos y con lo que quede de poner la casa y el taller, te dedicas a esos negocios que tú dices... ¡Estaría bueno! Si me quitas la labor me quitas la vida y eso no, yo quiero vivir satisfecha; para mi alma el trabajo es gozo...

Así como ella dijo, quedó concertado.

Iba Mayo finalizando y los muchachos con Damián, que al mudarse Boni a la tienda nueva alquiló el portalito, y Ricarda y las dos viejas también charlaban la noche del sábado en una tertulia que formaron en el café de Platerías.

Un domingo, último del mes, acordaron las tres familias bajar a la Bombilla y cenar juntos, para de ese modo celebrar la inauguración del portal-platería, y de paso, convenir qué mañana iba a ser la que se reunirán para, pasando por la calle de la Pasa, poner la primera piedra a un edificio que, Dios mediante, terminaría de construirse al finalizar el caluroso Julio.

—¡Y que no va a ser confortable ni na el nido que haga esta parejita de tórtolos adineraos...!—dijo el platero.

Rieron los novios, que ya caminaban por la Plaza de Oriente con Ricarda.

Un poco a la zaga iban las dos viejas cuchicheando de igual cosa, por cierto que el reir de sus labios anunciaba la complacencia de sus corazonas.

—Y de piso ¿no habéis pensao nada entodavía? — preguntó Ricarda a los enamorados.

Un pequeño movimiento de cabeza dijo que no.

—Pues es el tiempo de buscar casa; no debéis dormiros y si como es de pensar tié que ser un poco céntrico, más prisa aún.

—Muy céntrico no podrá ser, pero

el callejón de la Fresa no es higiénico para enhebrar.

Esto lo dijo Soledad, y Ramón dijo a seguido.

—Es natural que no, y ya que taller quieres, que esté en buen sitio.

—En Colegiata hay un principal con tres huecos—propuso Damián.

—Y en la Magdalena otro con dos—dijo Sole.

—¿Y por qué no habéis de vivir en la propia Plaza del Progreso?—preguntó Ricarda.—¿Y por qué no en un cuarto de nuestra misma casa?

Se miraron todos como interrogándose y la mujer acabó por decir.

—El piso de la señá Jesusa está sin alquilar entodavía, y yo creo que mejor que ese no se encuentra ni dibujo por Murillo.

No disgustó la proposición; pero Sole puso un reparo.

—Y dirán que ustedes por un lao y nosotros por otro, los hemos puesto en la del rey.

—No; eso no pueden decirlo—objetó el novio—. Ellos se fueron y nosotros u otros lo alquilan.

Miráronse los novios.

—¿Es que te gusta el sitio?—preguntó Ramón.

—Para el negocio no es mal sitio.

—Y la parroquia la tienes por ese coté—objetó Ricarda.

—Y que como nosotros vivimos ya en la misma casa, aunque más cerca del cielo, quiere decirse que los unos pa los otros, Dios con todos y la vida en marcha y de frente pa la gente honrá.

No se habló más del asunto.

Risueños iban euesta de San Vicente abajo, cuando al ir a cruzar por frente a la entrada de la Estación del Norte un coche de punto, que galopando entraba, les hizo detenerse y ceder el paso.

Dentro del vehículo iban Boni, Jesusa y su hijo Emilio.

—¡Ellos! — dijo con voz ahogada la moza.



—¿Dónde irá la santísima trinidad?  
—preguntó Ricarda.

La frase de ésta tuvo una ampliación.

—A hacer el ridículo—contestó Damián.—¿No sabéis que el mozo forma compañía y sale a representar comedias por los pueblos?...

Todos rieron; es decir, todos no: Sole forzó una sonrisa.

Entre dientes, con una amargura lastimera, dijo a su corazón:

—¡Pobrecito! ¡qué desgracia va a ser sin mí!...

#### Y VINO LA NEGRA...

A la puerta de su tienda estaba Boni, cuando Marcos, que bajaba de servir a un parroquiano, inválido él y espléndido como pocos, le saludó.

La cara del barbero reflejaba satisfacción, la del marido de Jesusa pesar y disgusto.

—Parece así como si estuvieras de pésame, ¿qué te ocurre, Boni?

Y Boni, que como todo el que sufre un dolor, está deseando *soltarlo*, habló pausada, tristemente.

—¿Dices que qué tengo? La negra; que no parece sino que estoy purgando una mala acción de mis antipasaos y que la cuenta es larga y de importancia suma.

—Sigue.

—Empecemos por la tienda. ¿Tú ves este hueco? pues no es ni más ni menos que una sima maldecia, un hoyo que se traga tóo, trabajos, ilusiones, fortuna... Yo creo, desde que vivo aquí, que hay casas de mala suerte. Esta ha conócio en un año cinco años y tóos se han arruinado; un limpiabotas; un zapatero; un rapa lo que tú; un sastre, y por último, una viuda mitad bruja, mitad química, que hacía un tiple y un monovar de esos que llevan a la cárcel, al camposanto o al manicomio...

—Sí que es una serie.

—Pues sigue la racha. ¿Sabes lo que me pasó el día de la apertura? Pues que la pedrá de un huelguista del Gluten, que iba dedicada a la panadería de al lao fué a mi luna y me la hizo sémula estrafina.

—¡Ya es desgracia!

—Y como la rotura de cristales trae la mala sombra, ayer, al reloj que tenía colgao en la portada y que era algo así como el látigo de las criadas, obreros y oficinistas dormilones, se le rompió el asa y ¿pa qué voy a contarte? pan rayao sobre la berroqueña municipal...

—Sí que te sigue la "morena".

—Si no he acabado; si no hay dos sin tres... A mi chico, a mi Emilio ¿sabes? le dió por la escénica y me metí, por darle gusto y porque lo exigió su madre, a empresario, le compré ocho mil reales de cosas pa llegar a eminencia y... lee este pape-lito.

Alargó el relojero un telefonema que tomó Marcos y que a seguidó leyó.

—Zamora—Madrid. 95-15-8-etc. —Eso no sé lo que es.

—Es igual, lo que importa es la letra. Sigue deletreando.

Marcos así lo hizo.

—“Negocio torcido, sin dinero, baúles dejados pago fonda toda compañía, quédanne dos reales, gira, frío sorbete.—Emilio.”

—¿Qué te parece?

—Que si que es un sorbete.

—Más entodavía, un granizao. ¿Y qué hago? ¿Y cómo no le mando lo preciso pa que se venga? Al fin y a la postre lleva mi apellido honrao.

—En ti, sí; pero lo que es en él...

El pobre Boni, viendo que la conversación derivaba hacia un terreno peligroso, no tanto por lo que dijese el barbero, como por el dolor que sintiera al escucharlo, preguntó por preguntar, metiéndose así en otra cuestión más dolorosa.

—Y de Damián ¿qué me dices?



—Pues que trabaja mucho. Ahí tienes tú el castigo de tu error y el de no hacer caso a los amigos leales.

Viendo que Bonifacio callaba y, mirando al suelo, palidecía, Marcos también calló.

Hablóse, luego de pasar unos minutos, de cosas sin importancia y cuando el rapa-barbas le tendió la mano, Boni, como el que ya no puede desviarse del abismo que le atrae y al fin le traga, preguntó:

—¿Y de mi piso? ¿se alquiló ya? ¿quién vive en él?

A la pregunta contestó Marcos, que era asturiano injerto en madrileño, con otra pregunta:

—¿Y te importa mucho eso?

—Hombre—hubo de replicar Bonifacio—mucho, mucho no... pero tengo curiosidad.

—Pues más vale que no la tuvieras y sobre tóo en este caso...

—¿Cómo?

—Sí; porque el cuarto lo ha alquilao Soledá.

—¿Soledá?

—La misma. ¿No querías saber, so curiosón? Pues sabe, que a fin de cuentas te lo dirá un cualquiera y es mejor que lo sepas por mí.

—¿Se establece?

—Sí, y de propina se casa...

—¿Con ese Ramón?...

—Con ese Ramón, que da la casualidad de que tiene dinero, es decente, es trabajador y, sin comparaciones, un buen mozo.

Si un guardia de Seguridad, de cara fosca y fosco bigote entrando en la tienda no lo hubiese impedido, hubiera visto el admirador de Joselito cómo se le humedecían los ojos a aquel *mal hombre*, y le digo malo, porque yo no puedo calificar de bueno a quien como Bonifacio se deja dominar por una mujer, por una de esas fatales hembras que por pinturar y lucir, son capaces de llevar a sus compañeros a la deshonra, a la desesperación y en muchos casos a la muerte.

De cómo iba el negocio del relojero ya tenía noticia el barrio todo; por eso, cuando minutos después habló Marcos con Damián, éste se dolió de la desgracia de su maestro, nacida, principalmente, de su poco carácter.

—Y con ser eso malo—dijo el marido de Ricarda—hay algo peor entodavía,

—¿Le engaña Jesusa?

—Ahí no llega, pero sí a que le arruina. ¡Mire usted que poner un negocio de parturientas en Junio! Eso en Noviembre, pase... que es el vencimiento del Carnaval.

Rió el barbero.

—Y, según me dicen, puede que ese refugio de devotas de San Ramón, que tan caro sale, traiga más que desazones y más que pérdidas...

—¿Hay gato encerrao? ¿Hay negocio sucio?

—Dicen, como he dicho, que la seña Jesusa, viendo que lo rezto no da bastante y el gasto es mucho, trapichea en ¿cómo lo diré? en desescambros de esos que el código castiga.

Cuando a este punto llegaba la conversación, tuvieron que separarse y dejar libre el paso; unos hombres aportando un armario con luna biselada y un lecho amplio y muelle, entraron en el portal.

—¡Maestro,—gritó Damián cuando Marcos se alejaba ya escaleras arriba—pa cuando el amor duerma!

—Di mejor pa cuando el amor aztúe...

Riendo fué el rapa-barbas a su salón, donde aguardaban algunos parroquianos.

Damián quedóse engarzando un brillante que al lado de dos rubíes semejava una lágrima entre dos gotas de sangre.

Tan embebido encontrábase en la joyesca operación, que no advirtió la entrada de Ricarda toda nerviosa y pálida, con un periódico en la mano.

—Oye, mira—le dijo—; lee esto.



¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Qué desgracia!

—¿Pero qué ocurre? ¿s'ha quemao el Manzanares?—interrogó chulón su marido.

—¡La señá Jesusa que está en peligro! ¡Lee! ¡Menudo fregao!

—¿Pero qué dices ahí?...

—¡Toma! ¡Mira!...

Y Damián, cada vez más asombrado, comenzó a deletrear una noticia que iba encabezada de este modo:

*"LA MALA VIDA". Un niño muerto que se sustituye con otro vivo. Dinero en abundancia. La complicidad de una comadrona. El juez y la madre pos-tiza...*

Pálidos miráronse los esposos. Damián no se atrevió a seguir leyendo.

—Pero...—preguntó temeroso de ver confirmadas sus sospechas—¿Es ella?

—Ella tié que ser, "La Corres" da las letras de su nombre...

—¿Y si fuera otra?

—No, que es la misma; lee, aquí dice la casa: Atocha, 12; ¿lo ves?

—¡Qué desgracia! ¡Qué mala sombra! ¡Pobre gente!

La llegada de una pareja, Sole y Ramón, hizo que la máscara de la alegría cubriera el rostro de la tristeza.

Ella, la moza feliz, la que muy pronto sería "la maestra Sole", encaróse con sus amigos preguntando:

—¿Pero qué pasa? ¿han reñido ustedes? Y nosotros que veníamos a convidarles para esta noche que la tía ha preparao dos conejos con tomate y un poco de merluza con vinagreta...

—Eso—atajó Ramón que, como Sole estaba contento—si es que el maestrillo ha terminao *eso*...

—¿Y *eso* qué es?—salió a preguntar la pantalonera.

—Los anillos de boda.

—¡Pero con la fecha grabá!

—¡Pero si no puede ser; si aún no habéis señalao el placentero instante!

Se miraron los novios cariñosamente y ella, zalamera y encantadora, pre-

guntó a su futuro guiñando un ojo.

—¿Te parece, Ramón, que lo dejemos para pasao mañana?

—¡Si no pué ser para ahora mismo!

Entonces, Ricarda y Damián olvidáronse de lo hablado poco antes y rompieron a reir escandalosamente.

"La Corres", caída al suelo, era arañada por un gato negro y lustroso, al que la portera, su ama, llamaba, en recuerdo de un sinvergüenza que tuvo por novio y que después de doce años la dejó plantada, "el Curial".

#### DE VUELTA

Anochecía.

Cuando Emilio saltó del vagón, pisó el andén y encontróse luego en plena cuesta de San Vicente, a punto estuvo de llorar.

¡Cuánta miseria sufrida! ¡Cuánta vergüenza, y sobre todo, que decepción en aquella su primer salida de comediante!

Sin dinero, rendido de un viaje tan largo como molesto, tuvo que atravesar a pie todo Madrid.

Ya frente a su casa se paró emocionado.

Sin saludar a la portera llegó al piso; llamó una, dos, tres veces y como no le franquearan la entrada, salió rápido y fué en busca de la tienda-joyería.

—¿Y mi padre?—preguntó, sorprendido, al único dependiente que estaba mano sobre mano, fumando pitillo tras pitillo junto al pequeño mostrador.

El preguntado contestó:

—Al Juzgao ha tenido que ir...

—¿Al Juzgao? ¿Pues qué pasa?

Y para calmar el ansia del mozo contó el hombre aquel todo lo ocurrido, la verdad y... lo que decía la Prensa.

—No hay cuidao ninguno. La honradez y la decencia brillan dende antianoche a las nueve y media. Su ma-



dre de usted es una persona decente y los que l'han querido liar ya tienen habitación en la de Quiñones y en la de la Princesa.

—¿Pero qué pasó? Cuente.

—No lo sé de cierto, pero según se ha podido traslucir, no ha sido otra cosa que la combina de una cupletista para sacar los billetes por resmas a un pasmao de la aristocracia.

—¿Qué disgusto más grande!

—¿Un promontorio! Claro que de la calunia algo queda y...

—¿Qué?

—Que va a ser un poquirritito difícil convencer a toos de la pura...; ya ve usted, en "La Equidaz", que es una cooperativa super y de la que la maestra Jesusa era profesora tocóloga, l'han mandao el liquiden.

Pensó el muchacho en ir a buscar a sus progenitores; pero temeroso de una escena patética y por otra parte el exponerse a no encontrarles, quizá vieran por otro camino, le hizo tomar asiento.

—Esperaré, es lo mejor...

Pero la impaciencia, la nerviosidad, le puso en pie varias veces; una de ellas dijo:

—No; lo mejor es que vaya en su busca.

Aún dudó un minuto.

—Usted—preguntó al dependiente—no cerrará hasta que vuelvan, ¿verdad?

—¡Claro!

Púsose la gorra, anudó al cuello un pañolón de seda blanca que tuvo que desdoblar para, doblándolo de nuevo, cubrir así lo sucio del viaje, y salió.

La ancha calle llena de pregones, de tintineo de tranvías y de barahunda, asustó un poco al muchacho; la tranquilidad de los pueblos que acababa de recorrer hizo que el contraste fuese extraordinario.

Por la de la Concepción Perónima, maestra que fué de la reina Isabel I de Castilla, entró Emilio, luego por la de Santo Tomás y después... ¿qué mano misteriosa, qué oculta fuerza

desvió el camino del fracasado comediante, que pensando en ir en busca de sus padres adentróse, sin saber por qué, en la Plaza de Santa Cruz, la que no había visitado, la que no había visto desde la famosa noche en que su chulería fué anulada por un hombre que, sin fincar de valiente, supo ser digno?

—¡Fuí un mal hombre—se dijo—fuí un morral tratando como traté a Sole!... ¡Y la he perdido!... ¡Y ya no me quiere! ¿Cómo me va a querer si la puse a la altura de cualquiera mala hembra?

Levantó la cabeza en busca del marco de luz que sobre el tejado se levantaba, pero la luz no brilló aquella noche; sobre la negrura de la ventana, sólo la luna sacó reflejos fugaces.

El reloj de Santa Cruz dió algunas campanadas, pero Emilio no las oyó, sólo para el recuerdo de Sole vivía.

Pasó tiempo, cerráronse las tiendas, el sereno cruzó cerca del mozo, al que miró detenidamente y Emilio siguió mirando al tejadillo sin que la alegría de la luz, en la ventana ya sin tiestos, asomara.

A poco, también se cerraron los portales.

Cuando más embebido encontrábase el galán, tan malo en la vida como en las comedias, el sereno le habló,

—¿Qué mira usted, señorito Emilio? Despertó el muchacho.

—Miraba...

—Sí;—dijo el gallego con picardía—miraba usted al ventanico de la que fué su novia, ¿no?

—Sí, sí...

—Pues no se canse, que ya no se asomará en jamás a él...

De angustia fué el grito del mozo; tuvo que apoyarse en el vigilante para no caer.

—¿En jamás? ¿Es... que ha muerto?

Una grosera, una bestial carcajada; una carcajada que sólo un asno daría, si un asno fuese capaz de ser sereno



y de reír, fué el sonido que de una boca sucia y grande salió.

—¿Morirse? No; si acaso de gusto.

—¿Qué?

—¡Ah! ¿Pero no sabe?

—Diga ¿qué es? ¿qué pasa?

—Pues... pero vamos despacio...

¿usté ya no es su novio?

—No, reñimos; me marché fuera...

—Entonces, si riñeron ¿qué le importa de ella? ¿qué le importa de nada?

—¡Siga!...

—Doña Sole, que cobró de la lotería...

—Ya sé.

—Pues se echó otro novio.

—¿Otro?

—Don Ramón.

—¡Ah! ¿Ramón es su novio?

—¿Novio? Desde esta mañana es más que eso, es... su marido.

Tuvo que sostenerle, si no Emilio hubiera caído al suelo como pesado fardo.

La luna, trasmontando el tejadillo de la que fué su amada, parecía mirar la escena.

El dios amor, en aquel instante arrancó la venda sagrada de sus ojos y tras los pliegues de un rojo portier sonreía picarón.

#### UNA NOCHE EN ROSALES

Son las luces de los alegres merenderos y lejanos caseríos, en la densa oscuridad, como farolillos que, parpadeando, se mecieran sobre las quietas aguas de una bahía. Ráfagas de aire caliginoso, como si de un horno se escaparan, extienden y zamarrean retazos de humo que se deshace, se rompe y al fin se borra bajo el cielo estrellado y sin luna.

En pintados bancos que la noche hace invisibles al paseante, se entre-

tiene Amor, que no otra cosa que entretenimiento es el decir de aquel prometedor de bondades que no le es dable dar, ni aun vendiendo su alma al diablo, y menos aún al fogoso jutamento de la niña precoz e impaciente, que escalando por peldaños de curiosidad el huerto del pecado, mordió glotonamente la fruta del árbol prohibido antes de que el sol la madurase.

Del paseo a la honda sima que es infierno de luz y ruido, vierten la lujuria de sus verdes las simétricas praderas; al borde mismo de la sima, puestos de refrescos ofréncense incitadores a los sedientos paseantes y son las mujeres que gritan y empujan con un botijo a la cadera y un gesto agrio en la faz, astrosas samaritanas de voz pedigüeña y sucias manos.

Del brazo, indiferentes al caminar de los otros, van Sole y su marido; quince días hace, no más, que se casaron y ya, por negarse la mujer a hacer un viaje largo, han visitado Segovia, la ciudad silenciosa y fría; Toledo, alma petrificada de una España sedienta de dominio, en que la piedra y el acero de sus alcázares, templos y tizonas dicen de un poderío que fué.

También estuvieron un día en Aranjuez y bajo árboles centenarios y ante un panzudo Baco, de oscuro bronce, juráronse eterno querer a tiempo que cantaba un mirlo y chasqueaba un beso; por cierto que ella, al volver a la estación para tornar a Madrid, vió llena de asombro, cómo en un vagón de un tren que a poco se alejó camino de Valencia iban el señor Boni y su mujer. Vió aquello y vió cómo los viejos lloraban al verla.

Nada de esto dijo a su esposo, pero el resto del viaje fué triste, pensó en que los desconsolados, los derrotados irían a esconder su pena y su fracaso quizá al pueblo de ella, a Játiva, donde, según había oído decir, tenía una casita, un arrozal y un huerto de naranjos.

Después de Aranjuez estuvieron los



recién casados en Cercedilla y en San Rafael, rincones de paz y amor.

Al Escorial no quiso ir ella cuando le dijeron que el montañoso pueblo no era otra cosa que un pudridero de reyes y que a pesar de la gracia de Dios huelen estos como cualquier otro mortal que se pudre; negóse la moza a emprender el viaje.

—¡ Si vieras que bello es el mar! —dijo él.

Y Sole contestó rápida:

—Ya, ya iremos; ahora a arreglar nuestra casa y el año que viene...

—¿ Y por qué no ahora? ocho días, sólo ocho días.

—No; dejémoslo para ocasión mejor.

—¿ Mejor que la luna de miel?

Púsose roja la moza y entre dientes replicó:

—¡ Pues por eso!... Te tengo a ti, ¿ qué más puedo querer?

—Sin embargo...

—No; son muchas emociones; además que la gente me mira... ¿ qué tendremos las recién casadas para que nos mire tanto la gente? ¿ Se conoce que lo somos? Di...

Ríe el buen enamorado de la inocencia de la pregunta y ella, por contagio, también ríe.

El Paseo de Rosales está aquella noche muy animado; toca la Banda Municipal, pero aún falta mucho para que toque; son las nueve.

Ante un letrero luminoso de una cervecería que al fondo luce un jardín y en lo alto posee una terraza con tientos y por toda ella muchos faroles venecianos, se detiene la pareja.

—¿ Qué es esto, Ramón?

Ramón lee un cartel blanco que sobre una reja se apoya.

"La Serrana". Cervecería, variedades y guiñol. Entrada por el consumo."

—¿ Entramos? Aún falta mucho para el concierto.

—Bueno... —dice ella.

—Tomaremos una taza de café, ¿ quieres?

Y entraron.

Un camarero les indica que las cupletistas no actúan hasta después de las once, pero que en la terraza funciona el guiñol.

—¡ Sí, sí! —dice gozosa Soledad. — ¡ Cuánto tiempo que no lo veo! ¡ Cómo me divertía de chica!... ¿ No te hacen reír a ti los fantoches?

En un rincón levántase el minúsculo escenario, adornado con percalina y cadenetas de color; un pianista toca cerca de él, y una marioneta de pelo estoposo y carrillos de cartón y almagre, acciona grotescamente una romanza cursi que canta una mujer oculta tras el armazón de madera pintada.

Sonríe Soledad; Ramón, al verla, sonríe también y la gente, aniñando su espíritu, se complace ante aquel espectáculo de criaturas.

—Son —dice el camarero, que es viejo y *parlaor*, —unos cómicos nuevos; hoy debutan, yo los he visto ensayar y no son malos del tóo.

Ramón le escucha, Sole no vive para otra cosa que para los muñecos que en el Guiñol se mueven y alborotan, pero de pronto...

—¡ Es él! ¡ Es su voz! —dice nerviosa.

Quedóse Ramón mirándola.

—¿ Y quién es él?

No responde Soledad, pero su marido reconoce la voz del comediante que amolda su decir a los movimientos del fantoche; sus manos ocultas entre la hopa oscura del muñeco parece que tiemblan, tiembla también la voz del que declama.

—De seguro —piensa la moza fingiendo una firmeza que no tiene —nos ha visto por algún roto de la percalina y por eso es...

Hay una escená grotesca en el escenario que la gente ríe, Sole y Ramón son los únicos que están serios.

—¡ Parece que te ha disgustado el encuentro! —exclama él con voz que



quiere ser natural y es rencorosa y dura.

—¿A mí?—dice ella.

—¿Nos marchamos?

—¡Si es tu gusto!...

La mira fijamente el preguntador, que luego añade:

—No, no nos vamos; cuando termine la comedia y salga..., quiero ver la cara que pone.

—¡Eso no...—dice severa la muchacha y al decirlo se pone en pie.

El instante es difícil, los recién casados se miran con fijeza, luego descienden hasta el jardín y después salen al paseo.

—¿Por qué no has querido que viéramos a ese desgraciado?

La severidad de Ramón no desconcertó a Sole.

—¡Por eso, porque no te burlases de su desgracia!... No es cristiano reírse de un caído. ¡Tú no podrías ser tan malo...!

Y en voz baja, emocionada hasta casi llorar, dice Sole lo visto en la estación de Aranjuez; lo que Ricarda le contó de embargos, curiales y amenazas de prisión; el fracaso de todo, y, sobre todo, el fracaso del hijo único a quien, por serlo, adoraban ciegamente sus padres.

—Culpa ha sido de sus malas cabezas...

—¿Y qué tiene que ver eso con mi caridad? ¡Bastante desgracia es la de los viejos que avergonzados han de esconderse en el último rincón de la tierra!

—¿Y este mozo...?

—Más desventura entodavía, que soñó con la gloria y ha caído de bruces al barro!...

Un poco emocionado replica Ramón:

—Es... que al escucharte, he sufrido un... no sé qué... ¡un dolor! así como angustia... ¿sabes?

—¿Celos? ¡Qué bobo, con lo que te adora tu majica!

—¿Mucho?

—Más...

Del brazo va la pareja camino de la glorieta donde se dispone la Banda a dar su concierto.

La mirada de los recién casados se busca, se encuentra y se besa amorosa en la tranquila noche.

Una carcajada y un tibio aplauso que de la terraza donde está el guiñol desciende hasta el paseo, les hace volver la cara al mismo tiempo.

—¿Qué?—pregunta burlona Sole.

—Nada.

—Nada—le responde Ramón.

—Supongo que no mico! que no tendrás duda de mi cariño, ¡que no sentirás celos de ninguna clase...

—Ya no...

—¿Y antes sí? ¡Qué tonto eres! ¡Qué tontos sois los hombres! Tanto decir que saben y no saben ni lo más sencillo del vivir.

—¿Y qué es lo más sencillo, rica?

—Escucha y apunta, ¡hombre! La lástima es enemiga del amor; se ama por muchas cosas, pero nunca, jamás, por misericordia.

Ramón, dando una larga chupada a su cigarro, sonríe contento, satisfecho; después, muy pausadamente, dice en tono de zumba:

—¡Camará, y qué lección acaba de darme la maestra Sole!

Y volvió a fumar y volvió a sonreír.

*Fernando Mora.*



# PIANOS

**AUTOPIANOS y HARMONIUMS** de las mejores marcas, al contado y a plazos. Unica casa en **PIANOS** de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones.—**Teléfono 5.400.**

**CASA ALONSO**

Fundada en 1865

**22, Valverde, 22.**

**PARA BUENOS IMPRESOS  
:: Y SELLOS CAUCHO ::**

**Manuel López Ortega (hijos).  
ENCOMIENDA, 20 duplicado.  
Gran rapidez :: :: Fundición diaria.**

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

**Aceites y grasas  
:- lubricantes :-**

*Insuperable  
para  
el engrase  
de  
los autos*



# OLEO-MOTOR

*Correas  
de  
transmisión  
y algodones  
para  
máquinas*

**SUCESORES DE E. STEINFELDT**  
**Calle del Prado, núm. 15.—Teléfono 984.—MADRID**

## SUMMIT

Tónico  
nervioso

Utilísimo a los convalecientes.  
Pedid prospectos.

El **SUMMIT** combate la Anemia, la Debilidad general, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Perdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositorios: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.  
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

## SUMMIT

Tónico  
nervioso

## MONTANO

Pianos de esta acreditada marca y de las más reputadas del extranjero. Los mejores aparatos para tocar el piano. Ultima creación en Autopianos y eléctricos. Armoniums y rollos extranjeros de música de 65, 78 y 88 notas. Primer servicio para el traslado de pianos. Gran salón de Conciertos

**San Bernardino, 3  
MADRID.**

## Los Muchachos

Semanario infantil

**15 céntimos**



# DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO

Publicado bajo la dirección de José Alemany

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

o o o o o

Este Diccionario lujosamente encuadernado  
còntiene:

: 2.700 páginas :	⊙	6.000 grabados
90.000 artículos	⊙	: : 77 mapas : :
: : : : 14 primorosas cromotipias : : : :		

**Precio: 15 pesetas.**

o o o o o

Antes de comprar ningún Diccionario examine  
usted en cualquier librería esta nueva publica-  
ción de Alemany, que acaba de editar la Casa  
Editorial SOPENA

Mediante el envío de 15 pesetas, remitiremos á  
usted por correo este novísimo Diccionario Enci-  
clopédico Ilustrado.

**Diríjase usted a RAMON SOPENA**

Provenza, 95 —BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid